

589

EL RETORNO BENEFICO



UAM
PQ7297
L6.8
Z7.8

AJE A
ON LOPEZ

VELARDE

1888 - 1988



a abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

204



AZCAPOTZALCO
COSEI BIBLIOTECA

Vicente Quirarte, J. Francisco Conde, Blanca
Rodríguez, Edelmira Ramírez, Margarita Alegría,
Severino Salazar y Josefina Morales.

217737
C-B 2893450

EL RETORNO BENEFICO

HOMENAJE A
RAMÓN LÓPEZ VELARDE

(1888-1988)

2893450



AZCAPOTZALCO
COSEI BIBLIOTECA

0222707

MÉXICO
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES
ÁREA DE LITERATURA
ÁREA DE HISTORIA DE MÉXICO
1988

5/53386

Rector General

Dr. Óscar B. GONZÁLEZ CUEVAS

Secretario General

Ing. Alfredo ROSAS ARCEO

Rector de la Unidad Azcapotzalco

Mtro. Carlos PALLÁN F.

Secretario de la Unidad

Arq. Manuel SÁNCHEZ DE CARMONA

Director de la División de

Ciencias Sociales y Humanidades

Dra. Sylvia ORTEGA SALAZAR

Jefe del Departamento de Humanidades

Mtra. María Luisa FIGUEROA

PQ 7297

L6.8

27.8

Edición extraordinaria:

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES**

Primera edición: 1988

Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Azcapotzalco

División de Ciencias Sociales y Humanidades

Av. San Pablo No. 180

Azcapotzalco

México 02200, D. F.

ISBN 968-840-488-8

Impreso en México

Printed in Mexico

A

Ramón López Velarde

In memoriam

PRESENTACIÓN

Vicente QUIRARTE

En pocos de nuestros poetas la pasión fue tanta y logró frutos tan permanentes como en éste, cuyo centenario de natalicio celebramos en 1988. Los 33 años y días de Ramón López Velarde estuvieron regidos por el ejercicio de la palabra como profesión de fe, y su correspondencia con una vida que aspiraba a desterrar de sí toda sílaba que no naciera de la combustión de los huesos: la fidelidad a esa pasión les ha permitido convertirse en polvo enamorado más allá de la vida y de la muerte.

No obstante el escaso tiempo que ha transcurrido desde su muerte, López Velarde reúne las características del escritor clásico, pues su palabra y su pensamiento adquieren vida nueva en sucesivas y diferentes lecturas: la dualidad entre el infierno y el paraíso, y sus correspondencias con la ciudad y el campo; su novedosa y sorprendente revolución en el lenguaje; su visión de la patria íntima como una manera de transformar estéticamente el concepto abstracto de nacionalismo: sus contradicciones y su perpetuo oscilar entre el amor a la mujer y la defensa de la castidad. Este conjunto de aproximaciones aspira a constituir al mismo tiempo un homenaje y una invitación a transitar por los caminos de Ramón López Velarde, ahora más que nunca entre nosotros.

APROXIMACIONES

ESBOZOS PARA UN RETRATO

Vicente QUIRARTE

Jerez de García Salinas, mayo de 1888.

Trinidad Berúmen de López Velarde despereza sus 17 años, y en cada doblez sonoro del camisón almidonado palpita un aroma de estreno. Inician la mañana los tañidos de la primera misa; una mestiza enorme, plena como cántaro, dora sus manos con el maíz que las palomas de cuello azul esperan en el patio ya regado. Trinidad Berúmen sonríe porque todo transcurre como siempre. Sólo son nuevos la respiración del hombre que duerme a su lado, y el vientre de ocho meses que la hace sentirse alternativamente inútil y generosa, como la mesa, la cuchara, la olla de los frijoles que desde el brasero llena toda la casa con una fragancia de epazote.

Ciudad de México, 22 de febrero de 1896.

“Mis muy amado papasito i mamasita con mucho e resivido y acavamo de rrevir sus muy finos renglonsitos que acavo de resivir perdone la repeticion gracias a Dios yo estoy sin novedad no e salido a pasiarme a parte ninguna parte pues mi tío Pascual sigue con el dolor mi tia como usted save rrara vez puede salir no estoy en Mexico si-no en el puente de santana pues rrara ves salgo al sentro de la capital ayer tuve una visita y jugamos toda la tarde aparte de la noche pues aunque se fue llorando i yo me quede muy triste i para diver-

tirme me puse a jugar al toro me acoste y dormí muy agusto gracias a Dios tengo muchos deseos de berlo tanto a ustedes como a mi tillena i mis hermanitos mandenme mi vendision.” Toda la luz del valle parece que se extingue en la plaza que el niño contempla mientras la tía enciende uno a uno, los quinqués. Si pudiera expresarlo, sabría que esto se llama la tristeza, y que la soledad es idéntica en el desierto y en este otro de la ciudad añeja y porfiriana.

Zacatecas, octubre de 1900. Seminario Conciliar.

Sobre la mesa, el busto de un hombre joven sin corbata y los cabellos abandonados al viento. Por el aire afilado, insolente y azul de Zacatecas, una nube se esponja; flota libre y sin prisa por un cielo más mar que el navegable. Feliz y con el orgullo del primer pantalón largo que hoy *estrena*, el niño la mira como si por su voluntad la nube se esponjara. Se abre la puerta de la oficina del Rector y José Guadalupe López Velarde *toma de la mano* al niño. Él aprieta la mano paterna y detiene sus ojos en el busto. En voz muy baja dice el padre: “Lord Byron”.

Avenida Jalisco, c. 1915.

El negro es su color. Negra la levita y la corbata, tan lejanas a las multicolores de Enrique

Fernández Ledesma y los chalecos optimistas de Rafael López; negro el borsalino de alas cortas que le da más edad; negro el color de sus ojos, “dos bruñidas uvas negras”; negro el color de los guantes de la “prisionera del valle de México” que desde un sueño lo llama; negro el atuendo con el que Margarita Quijano entra en su vida, un día 13, prófuga “de una redoma de alquimia o de una asamblea de oblongos vitrales”.

Avenida Plateros, 1916.

Por la calle donde entró la tropa de Zapata para desayunar en el *Sanborns* de los azulejos; por el espacio donde Manuel Gutiérrez Nájera persigue los encantos de su Duquesa Job; por el paseo de las calandrias donde las mariposas desplazan su mercadería palpitante; por los varios segmentos de la arteria donde fluye con más vigor la sangre de la urbe, camina el poeta con pasaporte de licenciado. En su cartera, junto al corazón, se encuentran las otras credenciales: la de lagartijo secreto que le devuelve el guiño a las muchachas, la del caminante nocturno que al ritmo de sus pasos descubre la alquimia del lenguaje, la del maderista que cree con buena fe en la democracia como única solución a los problemas, la del niño provinciano que ahora extraña un dulce de biznaga mientras sus ojos y su paladar se cruzan con los aparadores de la pastelería francesa.

Playas de Melaque, 1918.

Fuensanta, no conociste el mar. Pero mira al de las promesas, enfrentado a esa sábana inmensa que debajo tiene más agua todavía. Míralo, otras veces tan formal y girito, emborrachado de sol y sal marina; siente cómo le afina una por una todas las cuerdas del alma; huele con su nariz el yodo y las palmeras, la grupa bisiesta de mulatas que calientan más que el sol los litorales; gusta cómo comprueba la exactitud de sus palabras en la alegría de las mareñas, y cómo en sus bocas van dando tumbos, retumbantes, las sonrisas. Escúchalo, Fuensanta, enamorado de la vida como un niño salvaje. Él quiso ser así, para ti, la casta pequeña de su barbarie.

Escuela Nacional Preparatoria, c. 1919.

Entre las arcadas que Obregón ha repartido a los pintores que *visten como otro obrero más*, los dos adolescentes atildados conversan con el profesor que ha terminado la clase. Uno es todo ojos y orejas, gesto nervioso y alerta, como venado que teme ser sorprendido; el otro ve llegar los minutos con la facilidad más trágicamente deportiva que nos enseña Wilde. Hablan, como era de esperarse, de literatura. Pero las preguntas de los dos jóvenes sólo son pretextos, puentes temporales, recursos que utilizan para conocer a través del gesto, las

palabras, la vestimenta de liberal del siglo XIX, al hombre que conocen a través de la otra vida, aquélla donde la combustión de los huesos se transforma en los mejores objetos verbales que se están escribiendo en la República. De pronto, un silencio más largo indica que la conversación ha llegado a su fin. Salvador Novo y Xavier Villaurrutia ven alejarse por los pasillos la figura de ese pésimo profesor, príncipe de los poetas.

Alameda Central-Avenida Jalisco, junio de 1921.

Al licenciado le gustan las mujeres, las altas horas y Montaigne. Y es en las altas horas de la calle donde las otras dos pasiones afinan el bisel de sus espejos para que el licenciado, en su traje literal de caballero andante, en ellos fortifique sus reflejos. Es más de medianoche en la ciudad de México, y a pesar de junio, cala un frío que parece nacido de su pueblo, aquel punto geográfico indeciso entre abandonar el centro y comenzar a ser historia de desiertos y domadores de potros.

Camina por la avenida Bucareli, frescas aún las citas, la discusión entusiasta, los conjuros con los que él y sus amigos han revivido al autor de los *Ensayos*. Sólo lo interrumpe la oferta de los taxis de alquiler, los *fotingos* cuyos conductores miran desconcertados a esa figura esbelta, vestida como siempre de negro, empeñada en vivir la ciudad con la parsimonia amorosa y la lenta posesión de los lugares pequeños.

A la altura de avenida Cuauhtémoc descubre a dos “turbadoras flores de pecado”, vestidas como calaveras catrinas, que lo señalan con grandes carcajadas, mientras él les devuelve una sonrisa cálida, envolvente. “Ahora no.” Recuerda el poema que, escrito a lápiz, debe confiar lo más pronto posible a la fidelidad de la tinta; piensa otra vez en Montaigne y su vehemencia interior se hace más fuerte conforme las palabras del francés se cruzan con su propio discurso, con el adjetivo fugaz, vertiginoso, que ya estaba allí y que de pronto *fulgura*, primero con la palidez de las farolas al principio de la avenida Jalisco, más tarde con la permanencia de la sangre que fluye por las venas como legión de hormigas.

Las tinieblas son húmedas. Lo vuelve a sentir ahora como lo descubrió en su despacho de avenida Madero, al hablar por teléfono con la luz apagada; así, su voz resuena íntegra en el caracol de aquélla que lo recibe del otro lado del cable. Le gusta caminar cuando la mayor parte de la ciudad duerme. Atento al sonido de sus pasos y al ritmo de su sangre, se acendran palabras, se aquilatan imágenes, encuentra los sones que el corazón descubre en íntimo contacto con sus propios latidos. Frente a una de las casas más elegantes de la avenida Jalisco, mira, como todas las noches, el *Ford* flamante, discreto pero eficaz, que hace guardia afuera de la casa del presidente. “Ahora todos los caminos conducen a la Roma”, piensa el licenciado con ironía, mientras el general Obregón acaso

sueña con clarines de victoria en los campos de Celaya,

El licenciado llega a su destino. Cuando gira la llave, el frío parece colarse hasta el último de sus huesos en combustión. *A pesar de las molestias en la garganta*, se detiene; mira con atención su mano y la acerca lentamente hasta sus ojos. A la luz que hace más visible la niebla enroscada en los árboles que guardan la avenida, la abre completamente. Días atrás, en esa palma se miraron los ojos de una gitana altiva, madura y hermosa, digna del pincel de Saturnino. “Amas mucho, mucho, a las mujeres, pero les temes. Tienes miedo también de ser padre. Esta línea me dice que morirás de asfixia.” Quisiera tener a alguien cerca para decirle, simplemente, lo que muchas veces susurra cuando todo parece —como ahora— tan armónico, tan pleno y tan eterno: “La vida”. Pero en la calle sólo anda el sereno, con un silbato aún más de juguete que el tren que lo trajo a esta ciudad que ya es la suya. Entra en la casa donde los otros López Velarde Berúmen llevan varias horas de buscar en los sueños la justicia.

Paraninfo de la Universidad Nacional,
20 de junio de 1921.

No te ocultes de la gente, Margarita Quijano. Aunque nadie lo sabe, en tus ojos palpitan las palabras que, escritas para ti, mañana encenderán a

otras mujeres. No temas brillar, creatura, como un sol de púrpura en ese lugar donde el duelo parece obligatorio. Sonríe con toda la luz de tus dientes, Margarita. Le estás dando al poeta la alegría de mirarte de negro, viuda de un esposo que nunca iba a ser el tuyo. Como la Cámara de Diputados, guárdale luto por tres días. Después, como ella, deja que la vida continúe, engalánate, bebe lentamente un vino brioso. Alégrate mucho, que la inmortalidad apenas estará comenzando.

Jerez de García Salinas y Zacatecas,
marzo de 1988.

I

“No es más el Jerez de López Velarde”, observa Emmanuel Carballo mientras caminamos alrededor de la plaza principal del pueblo por donde Trinidad Berúmen de López Velarde paseaba hace cien años su vientre de seis meses. Los automóviles convertidos en discotecas ambulantes, equipados con ecualizadores traídos directamente por los braceros que el pueblo produce, traen al presente los augurios al final de “La suave patria”. “Quieren morir tu ánima y tu estilo”. Parsimoniosas, aristocráticas, las campanadas alzan la música más propia de la ciudad antigua. No hay más niñas de “blusa corrida hasta la oreja y la falda bajada hasta el huesito”; una ráfaga de ninfetas, montadas en

sus *Reebok* y sus *Nike* flamantes, irrumpe en la nevería donde el helado mantiene el sabor de pueblo. Más tarde, en el aeropuerto de Zacatecas, la multitud de familias jerezanas llena la sala de espera, a punto de la llegada del vuelo que desde Tijuana trae al hijo pródigo y “el relámpago verde de los dólares”, según la feliz y amarga paráfrasis de Efraín.

II

No, no es el Jerez de finales del porfirismo. Pero nuestra fidelidad al fetiche obliga a que cada rincón se pueble nuevamente con los fantasmas de seres y de cosas. La imaginación, la alcahueta literatura, pueden más que la realidad chata; Severino Salazar, cuya prosa narrativa lleva grabados este cielo cruel y esta tierra colorada (y la crueldad del cielo reside en ser tan esbelto, tan azul, tan inaccesible) identifica la casa en la esquina de Espejo y Parroquia, frente a la cual López Velarde escribió: “Llevo dentro de mí la rancia soberbia de aquella casa de altos de mi pueblo. . . que se conserva deshabitada desde tiempo inmemorial. . . Yo soy como esa casa. Pero he abierto una de mis ventanas para que entre por ella el caudal hirviente del sol.” Nos detenemos en el restaurante *Los fresnos*, y Salazar deduce que habrá que establecer la sucursal *Los álamos* para serle fiel al título de una de las mejores prosas de *El*

minutero. Los menús de *Los fresnos* tienen impresa, en la parte posterior, una alegoría lopez-velardeana en la que está su mundo: el cerro de la Bufa, el joven abuelo, las dualidades funestas. A la entrada del restaurante, en lugar del santo tutelar, la imagen de un López Velarde al óleo, con más de Omar Shariff que del seminarista furtivo que nos es familiar.

III

Por aquí caminó. En la tregua del jardín chico se sentaba —o sentaba a su *alter ego* Próspero Garduño— a meditar frente a la fachada del Teatro Hinojosa, en lo que se encendían las primeras estrellas, al tiempo que Josefa de los Ríos se preparaba a recibirlo. Por la calle donde ahora se levanta la tienda de abarrotes *Suave Patria* o por la que se llama *Bizarra Capital* inició —ya hombre— su retorno maléfico a la ciudad de los primeros años. No soportó sus fantasmas. Y se alejó apresuradamente, seguro de que podría combatirlos a la distancia, a través de los exorcismos de sus palabras imantadas.

IV

Esta fue su casa. Y buscamos sus huellas en los volúmenes de Derecho que llenan el único librero de la estancia, o en la edición que la viuda de

Ch. Bouret hizo de los poemas de Gutiérrez Nájera; en el viejo reloj, solidario con la parálisis del tiempo; en la Dolorosa cubierta por un capelo, delante de la cual el niño debe haber rezado ante el terror de saber que el tiempo y la experiencia existen; en el vaciado en bronce de la mano que acarició doncellas y trasladó la dualidad del mundo a la poesía. Asomados al pozo de la entrada, tratando de escuchar la gota categórica, el eco inevitable: "El viejo pozo de mi vieja casa / sobre cuyo brocal mi infancia tantas veces / se clavaba de codos". Pero hay las huellas que se imprimen en el aire; desde el fondo de la casa sentimos llegar el imperio enlutado y colorido de la prima Águeda, para poner de una vez y para siempre las cosas fuera de su sitio.

V

A veces se creería que mucha gente de Jerez no sabe que a su pueblo le nació uno de los seres excepcionales de nuestro tiempo. Y tal vez sea mejor así. Quizá mejor buscarlo en las huellas invisibles a otros ojos que no sean los de la pasión. Que no pase lo que en Charleville, donde Adriana y Jorge Esquinca encontraron al inconoclasta Rimbaud convertido en museo, marca de chocolates, llaveros, tarros para café. Mejor homenaje le hizo a nuestro poeta la *vedette* que eligió el nombre de Fuensanta, comprendiendo mejor que muchos académicos la petición de Jaime Sabines: que no le

den rotonda ni lo hagan parque como a Rosario Castellanos.

VI

Desde la cima de la Bufa, en la placa tallada en roca viva, donde Zacatecas rinde homenaje al mejor de sus hijos, las imágenes lopezvelardenas surgen sin necesidad de invocarlas. Severino Salazar comprueba que las calles son para el viajero como una broma pesada; antes de las palabras, el tren llega a los oídos y más tarde penetra por los ojos, serpenteando como un río esbelto a través de una tierra donde aún sigue pareciendo aguinaldo de juguetería; desde alturas superiores López Velarde acicala su eterno traje de negro, pues lo aguarda Zacatecas, donde ahora es el niño de la fiesta, y donde va a gozar las exposiciones de sus paisanos Goitia, Rosa Luz Marroquín e Ismael Guardado, y a reírse de los enredos de Eugène Labiche y Georges Feydeau conducidos por Héctor Mendoza, y a prometerle la letra de una nueva canción a Tania Libertad, que canta a *capella* bajo una lluvia que dispersa a la multitud zacatecana. Después se sacudirá el polvo de la fiesta y volverá a su lugar de siempre, desde donde estará observándonos con su sonrisa ambigua, seguro de haber sobrevivido a todos los homenajes.

CON BAUDELAIRE, CON RIMA
Y CON OLFATO

José Francisco CONDE ORTEGA

*Dios, que me ve que sin mujer no
atino en lo pequeño ni en lo grande,
díome de ángel guardián un ángel
femenino.*

Ramón LÓPEZ VELARDE

1. Una definición más entrañable de filosofía pudiera ser: la sabiduría del amor. Una sabiduría convertida en palabras por los poetas. Posiblemente no le hubiera disgustado a Platón pese a haber expulsado a los poetas de su República. No lo sé. Pero sí sé que a través de los siglos, en Occidente, el poeta ha buscado en la práctica del amor hacerse sabio. Los desencuentros del amante y de la amada son parte del aciago camino en la búsqueda del camino final.

Cada época ha señalado la idea del amor que tiene el poeta de la amada. Desde la mujer sin inteligencia pero con dos almas de Aristóteles hasta la mujer real y tangible de los poetas de nuestro siglo, pasando por la concepción del ángel o demonio que cantaron los trovadores e idealizaron los románticos. En todas las etapas de la historia ha habido una Helena y una Lesbia; una Beatriz y una Santa Teresa; una Margarita y una Güera Rodríguez.

En la poesía contemporánea, a partir de Baudelaire, la mujer adquiere una realidad distinta: el cuerpo de la amada puede ser hermoso pero es transitorio; envejece y está lleno de debilidades. Sin embargo, estas debilidades son inherentes a la

especie humana y no privativas de la mujer. Recuérdense el concepto medieval, avalado por la religión, del cuerpo de la mujer como fuente de pecado. El "nuevo estremecimiento" en la poesía que anuncia el autor de *Las flores del mal* mucho tiene que ver con la idea de un amor que ha considerado otras posibilidades para reconocerse y reconocer a la amada, para realmente amarla. Solamente se ama aquello que se conoce, parece decir Baudelaire. Y Ramón López Velarde parece estar de acuerdo. "El vampiro" del poeta francés es el gran poema de amor del que surge nuestra poesía contemporánea; y el poeta de "La suave patria" parece ser de los primeros poetas mexicanos que se inician en esta nueva sabiduría del amor total: el sexo y el ideal; el desenfreno y la espera; la amada concreta y la amada en todas las mujeres.

2. Poeta de un espíritu complejo, Ramón López Velarde ha escrito una de las obras poéticas más arduas y más bellas. Sólo que no siempre se le ha entendido cabalmente; la provincia y la cercanía del modernismo han conspirado para oscurecer la comprensión de sus afanes poéticos. Por un lado, las alusiones a la provincia y "La suave patria" han colaborado para que gran parte de la crítica de su tiempo lo erigiera como representante de un provincianismo más o menos folklórico; y por otro, los manuales de literatura han evadido el análisis de la obra con la etiqueta de "postmodernista".

López Velarde es un espíritu infinitamente más complejo. La circunstancia de su tiempo, su educación literaria y su espacio geográfico dan cauce a una poesía templada en la angustia y en la contradicción: saberse dividido y aceptar las oposiciones de su espíritu dan como resultado un lenguaje excesivamente riguroso y un ritmo poético que rechaza y atrae a un tiempo. Ramón López Velarde articula una estética de la novedad y castiga al lenguaje para que logre expresar una realidad humana que busca acrisolarse en la autenticidad y en la experiencia amorosa. En una de sus prosas afirmó que no creía en una poesía que no naciera de la combustión toda de sus huesos; y también afirmó:

En mi vida feliz no hubo cosa
de cristal, terracota o madera,
que, abrazada por mí, no tuviera
movimientos humanos de esposa.

3. Uno de los senderos más luminosos por los que transita la poesía del autor de *La sangre devota* es la del amor sexual. Y como ninguna realidad humana es enteramente plana —Gide decía que “la única manera de creer en los sentimientos simples es la manera simple de considerar los sentimientos”—, la lucha con la idea del pecado, la lujuria tocando a rebato y la continencia, el casto amor se encuentran en imágenes pobladas de alusiones religiosas: el mundo cristiano y el Islam:

Cristo y Mahoma. Alusiones perfectamente delimitadas por su condición de católico occidental. Y así dice el poeta:

Ligia, la mártir de pestaña enhiesta
Me asfixia en una dualidad funesta,
y de Zoraida la grupa bisiesta.

En donde la primera acepción del adjetivo “funesta” es aciaga; es decir, la dualidad en una lucha llena de penurias en la que no sabe si va a triunfar la hermosa mirada de la que puede morir por el testimonio de su fe de amor, o vencerá la imagen sensual de las nalgas de Zoraida. Lucha del propio espíritu porque físicamente coexisten —o pueden coexistir— ambas realidades; pero entonces no habría complejidad sino una cómoda solución; y el asunto es decidir en qué espacio femenino habrá mayor posibilidad de sabiduría.

Quizás la solución no exista. Es posible que la sabiduría —o algo parecido— se dé precisamente en esa oposición; y ésa es la angustia de no poder decidir hacia qué rumbo el poeta debe encaminar su total potencia amorosa, su “talento”:

Afluye la parábola y flamea
v gasto mis talentos en la lucha
de la Arabia feliz con Galilea.

Y qué tal si ganara Ligia. Tal vez entonces el poeta tuviera que decir: “Cobardemente clamo,

desde el centro de mis intensidades corrosivas". Porque bien se puede obtener el paraíso siguiendo a la casta Beatriz-Fuensanta, pero gran parte de la condición humana es carne; y el poeta parece no aspirar al mundo supraceleste *cuando dice*:

O si atávicamente soy árabe sin cuitas
que siempre está de vuelta de la cruel continencia
del desierto, y que en medio de un júbilo de huríes
las halla a todas bellas y a todas favoritas.

En todo caso, aunque la lucha es continuada, es posible que existan períodos de alternancia, por lo que el poeta de *Zozobra* puede decir: "Funjo interinamente de árabe sin hurí". Y la conciencia de su complejidad la resume, en *La sangre devota*, de esta manera:

0222707

Me revelas la síntesis de mi propio zodíaco:
el León y la Virgen

2893450

Cuando finalmente el poeta parece haberse decidido por la carne, la vida parece resuelta; y se puede ser feliz, si se entiende que la felicidad es sólo un estado de ánimo y por lo tanto efímera. O por lo menos existe un sentimiento de plenitud:

La vida mágica se vive entera
en la mano viril que gesticula
al evocar el seno o la cadera...

Y qué bella necesidad de mujer real, tangible; de cuerpo femenino que es capaz de volver mágica la vida. El autor de *El son del corazón* se pregunta: "¿Será este afán perenne franciscano o polígamo?". Y aquí una doble trampa: franciscano puede ser un adjetivo que aluda a la humildad del santo de Asís, pero bien puede ser la alusión a la etimología de Francisco: que es libre. De cualquier modo, si se atiende a lo primero, puede ser que el poeta acepta humildemente su condición contradictoria; y si optamos por lo segundo, el poeta encara libremente su destino. *No obstante siempre se escapará una lágrima al percatarse*

del desencanto profesional
con que saltan del lecho
las cortesanas.

Y el desencanto puede ser compartido.

4. En *La sangre devota* López Velarde afirma su declaración de principios:

Entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.

Esta declaración de principios tiene mucho que ver, en mi opinión, con una edad cronológica. Cuando se es niño aún no se manifiestan las contradicciones del espíritu. Es en la adolescencia cuando las lecturas y las primeras experiencias y

sensaciones indican una dirección vital y, algunas veces, estética. Afirma Villaurrutia que tal vez la lectura de Baudelaire llevó al poeta jerezano a comprender las complejidades de su propio espíritu. Seguramente es cierto. Y cierto también que el autor de *El minuterio* fue capaz de sentir ese "estremecimiento" del que hablaba Víctor Hugo al leer *Las flores del mal*. Entonces no tuvo más remedio López Velarde que hacer caso a sus demonios interiores.

El olfato puede ser el más refinado y el más sensual de los sentidos, como afirma José Gorostiza, pero también es el más primitivo: por medio del olor el macho reconoce a la hembra y es reconocido. Y esto tiene que ver con una poesía plena de sexualidad como es la de López Velarde. El poeta, adolescente, siente "calosfríos ignotos" cuando mira a su prima Águeda; y aun cuando el poema es primordialmente visual, el armario añoso, la oscuridad del refectorio y las frutas sobre la mesa sugieren un reconocimiento por todos los sentidos: es el adolescente que conoce de cerca el deseo. Aunque no hay que olvidar otra interpretación que da la crítica al olfato: se refiere al uso mexicano y se habla de malicia. En todo caso sería una interpretación complementaria. ¿No en otro poema López Velarde se lamenta de no poder remontar el río de los años para volver a ser "la frente bárbara del niño"?

López Velarde llega al conocimiento de su complejidad espiritual, de su poesía y de su sexuali-

dad. Es en este marco en el que se da una de las más entrañables tentativas para llegar, si no a la sabiduría del amor, sí cuando menos a una práctica honesta e integral, en la que el conocimiento del ser amado es condición indispensable para el acercamiento. Quizás se debe amar lo que está cerca, lo que se puede conseguir. Y el amor en este sentido no es eterno; la amada y el amante son transitorios, la belleza es efímera. López Velarde sabe, como Baudelaire lo supo, que:

Porque la tierra traga todo pulcro amuleto
y tus dientes de ídolo han de quedarse mondos
en la mueca erizada del hostil esqueleto.

“Ese pulcro y nimio litoral por donde acompañadas navegan las sonrisas” algún día será sólo una mueca. Esta certidumbre es lo que hace al poeta buscar el amor aquí y ahora; en “el minuto cobarde” en el que ocurren todos los milagros. Quizás ésta sea una de las vertientes de la sabiduría del amor.

Ramón López Velarde da su visión angustiada y arduamente en una poesía en que el erotismo y la sensualidad se concertan para decir, con Georges Bataille, que “el erotismo es la afirmación de la vida hasta en la muerte”.

**TIEMPO CONFIDENCIAL, COMO EL
DEDAL: UN LENGUAJE ARTESANAL**

Blanca RODRÍGUEZ (CREFAL)

Anoche ha llovido, al leve cuchicheo de las gotas sobre las tejas dispares, siguió la humedad en el cielo raso; gotas que se extendieron paulatinamente, dibujando contornos extraños en la tela que cambiaba de color conforme la humedad tocaba el polvo acumulado. La imaginación del pequeño niño que estaba recostado en el sofá de la sala, se apropió de las formas fantásticas, las desprendió del techo y en acto de magia las convirtió en palabras: mujer soltera con talle de aguja, mariposa con piernas de caballo, botas con tacón de metro y medio. "Poco en verdad, se necesita para provocar al poeta en el niño",¹ escribiría con respecto de sí, Ramón López Velarde, muchos años después.

El pequeño Ramón recorría silencioso la casa donde había nacido; cada rincón, cada mueble, cada habitación, conservaba un secreto. A veces, se asomaba tan callado, que ni la abuela, ni la madre, ni las tías, ni las tíasas damas de visita lo descubrían. Ramón pequeño conocía los espacios de ese gran claustro materno, vientre de coco, que era la casa familiar; vagaba escuchando conversaciones, aspirando los humos de la cocina y el aroma del naranjo, mirando los talles y los pies de las mujeres o palpando la tersura de sedas que le recordaban las mejillas maternas. Dueño de una infancia colmada en el amor de la mujer, él retribuiría, a lo largo de su vida, ese sentimiento hacia

¹ R. López Velarde, *Obras*, México, FCE, 1979, p. 381.

toda mujer que aleteó en su creatividad poética; por ello, la presencia del mundo femenino confiere a la obra de Ramón López Velarde un tinte particular.

Vive la mujer en México, a fines del siglo xix, en un ambiente apenas rozado por el adelanto técnico, a diferencia de lo que había ocurrido en Europa desde mediados de siglo. Los hogares mexicanos son aún pequeños talleres de artesanas que cuidan cada minuto detalles del cúmulo minucioso de sus tareas. De alguna manera el poeta reúne con fervor de coleccionista series de estampas que detiene en memoria y sentimientos, para añejarlas y recuperarlas, al modo en que sólo él las percibió, en versos donde se destacaría "la majestad de lo mínimo":²

Yo querría gustar del caldo de habas
mas en la infinidad de mi deseo
se suspenden las sílfides que veo
como en la conservera de guayabas.

("Treinta y tres")

O bien toma prestados ciertos modismos o expresiones que pertenecen a habilidades caseras para explicar en metamorfosis poéticas: "mi humanidad se esponja y se anaranja" ("El candil"), o recurre a metáforas de la costura para dar curso a sus ideas estéticas:

² *Ibid.*, p. 422.

Yo me inclino a juzgar que para conseguir la más aquilatada elegancia de la expresión, nada hay mejor que cortar la seda de la palabra sobre el talle viviente de la deidad que nos anima. Si un preciosismo artificial o una fría corrección purista nos inducen a cortar púrpuras y brocados sobre patrones de gramática o de retórica, para vestir el alma, corremos el riesgo de que la armoniosa y recóndita deidad deseché el brocado y la púrpura porque no los ajustamos previamente a su talle de mariposa.³

Por dichos textos se deduce la interiorización que el poeta jerezano tuvo de la naturaleza del trabajo femenino, centrado especialmente en la realización de actividades que pasan desapercibidas para la gran cultura y, en general, para el común de la gente, que no disfruta sino fugazmente de un sabor o de la impresión visual de una prenda de vestir. López Velarde observó la constancia del trabajo manual —testimonio de excepción en el universo poético mexicano—, y lo valoró como acto esencial de una cultura que sería desplazada sustancialmente décadas más tarde por la industrialización, en particular en el medio urbano.

El trabajo manual de la mujer le ayudó a encontrarse a sí mismo; cuando inscrito ya como poeta, se denomina prestidigitador de la palabra, está trasladando un sentido artesanal, emanado de la realidad, a un proceso mental inscrito en la creatividad. Sus manos, según reproducción con-

³ *Ibid.*, p. 401.

servada en su casa natal, eran extremadamente armónicas, con dedos alargados como los tubos de los órganos de iglesia. Las manos de la mujer y el mundo creado por ellas le eran, pues, familiares, como lo declara en el poema "Para tus dedos ágiles y finos" o como lo asume al tomar de modelo un ademán propio de la mujer: "y con dedos maniáticos de sastre, medir cuartas a un talle de caricias..." ("El perro de San Roque").

La convivencia del rapaz con la mujer alimentó una perdurable reciprocidad en el poeta; el se siente amado y está dispuesto a declararle su pertenencia, a semejanza del doncel medieval que alcanzaba su propia alma a través de la mujer. Bajo el servicio de una noble señora, los adolescentes se educaban en la bondad, la devoción, la fidelidad, lo que finalmente establecía un vínculo amoroso o erótico e impregnaba en ellos una manera femenina de sentir y pensar que fue característica del momento. Esta reflexión está asociada con uno de los significativos méritos con que seduce la poesía velardeana: la veta sentimental que serpea constante a lo largo de su creación, resultado de aquel proceso de alquimia interior a la que sometió emociones y palabras, que lo salvaguardará de doblegarse ante la dulzonería, si bien algún verso fue desventurado. La sentimentalidad atribuida nada tiene que ver con la deformación cultural a que ha sido sometida la llamada femineidad, que no puede independizarse de la zalamería, el sufrir o el reclamar. El acer-

camiento velardeano a lo sentimental femenino propicia en él una liberación emotiva que favorece la conversación interior, de tal manera que el poeta no tiene interés en el disimulo, por ello desnuda el alma, se apropia de un lenguaje doméstico o enaltece el llanto,⁴ actitudes de las que usualmente se resguarda el hombre tradicional.

Devoto incondicional de su señora, nuevo Gonzalo de Berceo, Ramón López Velarde es medieval también en la marianización de la mujer. Si en pleno siglo XII Berceo entonaba: *...Sennora buena, siempre seas laudada: siempre seas bendicha, siempre glorificada*, (“Milagro XXIV”), el poeta mexicano musitaba: “A tu virtud mi devoción es tanta / que te miro en altar” (“Canonización”). Como él mismo lo asienta, los poemas de *La sangre devota* estuvieron consagrados a una mujer que tuvo existencia real, pero sólo como curiosidad anecdótica importarían su nombre y filiación. Atenidos al texto integral de la obra, Fuensanta se erige como un mito en el que se sublima el particular amor a la figura materna; Fuensanta es rostro, manos, pecho, pies; su ropa oculta la húmeda tiniebla que intuye el poeta cuando escribe:

Entonces, con instinto maternal,
me subirías al regazo, para

⁴ Cf. Los poemas “Hoy como nunca” y “La lágrima”.

interrogarme, Amor, si eres querida
hasta el agua inmanente de tu pozo

Yo, sintiéndome bien en la aromática
vecindad de tus hombros y en la limpia
fragancia de tus brazos,
te diría quererte más allá
de las torres gemelas.

(“Ser una casta pequeñez”)

Ha soñado, sueña, el poeta en trasgredir el tabú del incesto cuando el beso de la virgen se posa en su frente, negando satisfacción a su “experiencia licenciosa y fúnebre” o en anular el tiempo al deplorar haberse convertido físicamente en adulto, cuando su deseo era seguir siendo una “casta pequeñez”. Fuensanta, silenciosa como toda imagen, es interpelada, demandada, invocada, actúa como un destinatario que sirve de pretexto al canto del poeta. Como mito, encarna al ideal que la cultura mexicana reserva a la mujer: la madre se eleva a rango de virgen; deseada, se vuelve intocable; casta, la vestimenta debe oprimirle el sexo. Ella rige la vida amorosa del hijo e impide su plenitud erótica con ninguna otra mujer. Fuensanta, Nuestra Señora de la Fuente Santa, manantial inviolado, desaparece como tal en los siguientes libros de López Velarde, pero, instaurada, permanece a la espera de su nueva metamorfosis, cuando la figura materna, vestida de luto, lo tome prudentemente de las manos y lo eleve con ella en mística unión.

En el espacio de esos pequeños museos que fueron las antiguas casas familiares, las mujeres se deslizaban calladamente; consagradas a la santificación del hogar, la faena se alegraba con el canto de los canarios en los corredores y en la apacible conversación de sobremesa. Los días transcurrían sin cambios sustanciales; por la mañana, a paso presuroso, se iba a la iglesia. La filigrana de los altares barrocos encendía su oro al primer rayo solar; esparcidas bajo el velo, las cabelleras gotaban constelaciones y las voces que entonaban cantos de alabanza al Señor, le sabían al joven López Velarde a cantos de sirenas que lo arrastraban al desconocido abismo de la pasión. La tarde pertenecía a la costura junto a la ventana; agujas como rejas, rejas como agujas; el lino blanco sentía cómo se depositaba, puntada a puntada, la esperanza del amor:

Tiempo confidencial,
como el dedal
de las desahuciadas bordadoras
que enredan su monólogo fatal
en el ovillo de las huecas horas.

(“Disco de Newton”)

En la memoria del poeta, ya alejado de Jerez, cobraba dimensión la figura estéril de la soltera. Un poco imagen de la propia condición de soltería elegida por él, un tanto reproche a quienes, como

él, abandonaron al pueblo, vive López Velarde la vida de todos y de todas; sacerdote para atemperar el sufrimiento y la pasión, desearía transformarse en ventarrón color de tinta para apagar la santidad de las lámparas fieles y proseguir en busca de otras ventanas, otras rejas, otras agujas. No es ella, inmóvil y sumergida en la soledad, quien descubre su interior; nada sobre el anhelo secreto, ni siquiera a sus compañeras. López Velarde conocía de la quietud de las tejedoras —penélopes intemporales— en espera de la brasa que incendiara sus pechos; así, entrama su lenguaje en el silencio femenino y por su verso dice aquello que la mujer no sabe, no puede, no debe declarar. Si en perfectos sonetos Sor Juana Inés de la Cruz había dado juego en ellos a la ausencia del amante, es sólo hasta López Velarde que esa condición vuelve a manifestarse en un nuevo lenguaje que, sin traicionar, traduce la inmovilidad y la espera.

Centro del mundo virginal, la casa familiar trascendería su propio espacio, a la manera en que el sonido de las campanas se desplaza en círculos concéntricos hasta tocar los límites de la comarca jerezana. Casa, iglesia, plaza de armas, alameda, río, campiña, sumaban un conjunto indivisible por donde se desplazaban las jóvenes de la provincia. En equilibrio con las figuras perfectamente delineadas de la madre y la soltera, López Velarde complementa la visión del mundo mujeril con el paso de decenas y decenas de bocas, faldones y frescos tobillos. Como ráfaga que esparcieran el

aroma de los naranjos o como bandadas de pájaros a cuyo aleteo se despertara, así recorren esas mujeres todo un espacio donde la luz opalescente desciende en miriadas de puntos infinitesimales. La particular refracción de la luz en la extensa y árida Zacatecas, donde el norte se inicia generoso, provee, ya de sí, el paisaje que un pintor buscaría para recrear el tránsito de esos seres mágicos a quienes sólo conocemos por dos o tres pinceladas que el poeta desarrolla en la tela. Permanece, sin embargo, dentro del movimiento siempre sugerido por el poeta, la imagen colectiva en que la nación se contempla:

Suave Patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío;
tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

("La suave patria")

Humildes, pueblerinas mujeres sin más lustre que el brillo de ojos y cabellos, su expresión de colectividad conforma un núcleo que a veces se diluye entre las grandes figuras que creó López Velarde. Sin darse cuenta, ya que su propósito era exaltar las cualidades de la provinciana, la presencia del anónimo conjunto, sean aldeanas, vírgenes o jerezanas, corresponde a la desacralización de una élite creada para lo literario o para lo social.

No son ya las novias champán con cutis de azalia de Gutiérrez Nájera, ni las propias huríes de López Velarde, esto es, ni exóticas ni eróticas, solamente traslúcidas y humanas. Literariamente la poesía velardeana comienza a alejarse del modernismo y camina hacia rumbos en donde tiene cabida la gente del común. Socialmente, la anónima presencia refleja a la otra gran presencia: las multitudes en la revolución mexicana, *la bola* que integró a la par el hombre y la mujer. De esta manera, López Velarde otorgaba a todas aquellas ignoradas personas, una presencia cultural de la que habían carecido hasta ese momento y que incomodaría a ciertos estratos urbanos, acostumbrados a ser eje de la atención.

Coexisten en la mujer armónicamente la realidad y el ideal que les señala la sociedad mexicana. Las mujeres de provincia son (deben ser) vírgenes, católicas, dedicadas a trabajos manuales; gran parte de su gracia estriba en la manera de vestir, pulcra, almidonada y de luto —implicación de pena o muerte, porque sólo imperceptiblemente aparece “negro”—, aprenden piano o canto y se desenvuelven entre el hogar y el altar: la patria según Justo Sierra, y ahora, de acuerdo con Luis González y González, velardeanamente, la *matria*. Fuera de esos espacios, la plaza de armas, centro de carácter popular, o la naturaleza, propicia para que el poeta recree un ambiente arcádico donde ellas atienden banquetes campesinos bajo la fronda de los árboles. A su retorno, el poeta las encon-

traría allí, para observar un tríptico en donde quedarían representadas la mujer madre paseando a sus hijos, la mujer soltera acechante detrás de sus rejas, y en bruegheliana reminiscencia, la mujer que ha declinado:

he visto deformada vuestra hermosura
por todas las dolencias y por todos los males;
he visto el manicomio en que murmura
vuestra cabeza rota sus delirios;

(“Jerezanas”)

Ya que el poeta tenía una concepción aristocratizante del arte que lo obligó a declarar: “Si yo escribiera versos, jamás cantaría a las mozas que ciertos clásicos immortalizaron en vulgares letrillas...”, su parte —carente de vulgaridad ni en la forma— debía corresponder a otra clase: “De cantar pastoras, sólo cantaría a las princesas que ... iban... a eclipsar la rusticidad de la vaquera de la Finojosa”,⁵ relación que, de acuerdo con la realidad, era incongruente, pero que se explica por una magnificación que estilísticamente se maneja por medio del uso de adjetivos que amplifican el sentido del sustantivo y que refleja la mentalidad fantasiosa del poeta; en realidad, López Velarde exalta su imaginación a la manera de Don Quijote, si éste descubría princesas donde sólo había aldeanas, aquel vestía de seda con su particular lenguaje, a sencillas provincianas.

⁵ López Velarde, *op. cit.*, pp. 312-313.



Mujeres, mundo femenino, paraíso erigido en la memoria del poeta que observaba cómo su ideal de patria se cuarteaba al cañonazo de la revolución, expulsando a las asustadas mujeres bajo la violenta amenaza de la tropa, el poeta habría de reconocerlas vagando por la ciudad, huérfana parvada, sus ropas luidas, y habría de entonar una epopeya para desagraviarlas, “para alabar vuestro suicidio en las facinerosas tropelías” (“A las provincianas mártires”). Ante el descalabro, herido de muerte como ellas, el poeta habría de rescatar lo decoroso; urgía, pues, conservar, reafirmar, un mundo estático, al que sólo la mujer podía darle dimensión; gracias a ello su poesía es una caja de resonancia para muchos lectores, especialmente los provincianos. Amando a la mujer, sin embargo, no pudo escapar a la moral sexista de su época. La visita a María Enriqueta le suscita lo siguiente: “A mis instancias para que leyese sus últimos trabajos, ... trajo y destapó una caja, que yo imaginé haber sido de pañuelos, en la que se guardaban cuartillas de versos, agujas, hilo y dedales. Leyó ... Yo la consideraba: la poetisa era auténtica, apartada de una dura estética, pero siempre *un pájaro que canta en el camino* ... Porque el lector, si es ducho, convendrá en que Sor Juana y doña Emilia Pardo Bazán nos dan el olvido de su género gramatical, arrollándonos con su ímpetu masculino”.⁶

⁶ *Ibid.*, pp. 483-484.

Poco subsiste del mundo en que vivió López Velarde, revolución y modernidad lo desmembraron. El mundo creado en su poesía pervive, nació de un microcosmos: sentimiento y trabajo de artesanas sirvieron de núcleo a su lenguaje. Con la madurez literaria, su poesía inició un vuelo al infinito. Sucede que para alcanzarla hay que subir por el hilo de una bordadora.

BIBLIOGRAFÍA

BARTHES, Roland. *Fragmentos de un discurso amoroso*. México, Siglo XXI, 1982.

LÓPEZ VELARDE, Ramón. *Obras*. Edición de José Luis Martínez. México, FCE, 1979.

MONSIVÁIS, Carlos. "La aparición del subsuelo. Sobre la cultura de la Revolución Mexicana". *Historias*. INAH. Núms. 8-9, México, ene.-jun. 1985, pp. 159-176.

LÓPEZ VELARDE, ¿UN GNÓSTICO
MEXICANO?
LAS FORMAS DE UNA IDEA

Edelmira RAMÍREZ L.

Mi vida es una sorda batalla entre el criterio pesimista y la gracia de Eva.

Ramón LÓPEZ VELARDE

Una de las ideas que obsesionaron a López Velarde fue la de la no procreación. A esa concepción le dio forma en algunas de sus prosas; a través de ellas se puede rastrear toda una filosofía sobre el tópico que aquí intentaremos reconstruir, así como la serie de coincidencias que presenta con varios puntos del sistema gnóstico.

Entre la temeridad y el sacrilegio —para usar términos lopezvelardeanos— el poeta confiesa sin ambages su negación a la paternidad, tanto en sus escritos como en conversaciones con amigos.¹ Y lo que es más rotundo, la lleva a la práctica.

Según Elena Molina tal convicción y acción tuvieron su origen en la circunstancia de la vida del poeta relacionada con la muerte de su padre: "Había hecho voto de no tener hijos, desde que quedó huérfano y supo la responsabilidad que caía sobre sus hombros al tener bajo su cuidado a su madre y hermanos; solía expresarse a este respecto, diciendo: 'Que no había derecho a crear hijos para que sufrieran'." ² Si bien este pasaje de su vida debió marcarlo en forma especial, puede

¹ Cf., E. Molina Ortega, *Ramón López Velarde, Estudio biográfico*, México, Imp. Universitaria, 1952, pp. 50-51.

² *Ibid.*, p. 50.

parecer exagerado el atribuirle el origen de su aversión a perpetuar la especie, ya que el tiempo de orfandad fue breve, pues sus tíos maternos Sinésio y Salvador se hicieron pronto cargo de la desamparada familia.³ Phillips considera que “esa obsesión de López Velarde, rayana a veces en una simple manía, por lo tanto no susceptible de una precisa explicación lógica corresponde al sencillo hecho de que él, al ver el sufrimiento y la pobreza ajenos a su alrededor [...] todo lo sentía tan agudamente dentro de sí que, exagerados sus sentimientos de compasión, rechazaba las responsabilidades de ser padre y de procrear hijos, incapaz de verlos sufrir en un mundo caótico y despiadado”.⁴

En sus relatos, López Velarde desarrolla sus ideas sobre el tema a través de varias antítesis: naturaleza (fecundidad)/esterilidad; vida/sufrimiento; vida/muerte; deseo/contención, complementadas con otras contraposiciones, que no hacen sino enfatizar la idea central.

En “Meditación en la Alameda” y en “Fresnos y álamos” hay un tratamiento similar del asunto, desarrollado a través de la reflexión de los protagonistas, quienes tejen todo un razonamiento que a la postre conforme el hilo central del relato. El personaje del primero, Próspero Garduño, a primera hora se dirige a la Alameda, en un recorrido,

³ *Ibid.*, p. 20.

⁴ A. W. Phillips, *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*, México, INBA, Depto. de Literatura, 1962, p. 158.

que sirve de pretexto al narrador para ir señalando algunos elementos de la naturaleza, útiles para apuntar la antítesis final entre las conclusiones en pro de la esterilidad y la exhuberancia de la naturaleza.

En "Fresnos y álamos" es el mismo narrador hablando en primera persona, quien inicia su meditación, justamente en el momento nebuloso en que la conciencia transita del sueño a la vigilia. Mentalmente se ubica, también en un escenario natural, entre álamos y fresnos. La necesidad de trasladarse aunque imaginariamente a un medio natural, alude a la añoranza e imposibilidad de estar en los lugares preferidos de antaño, que son los mismos del relato anterior, la Plaza de Armas, la Alameda, a los que se añade el jardín Brilanti.

Situados en esos escenarios naturales, personaje y narrador dan rienda suelta a sus reflexiones. En "Meditación. . .", Próspero Garduño, —que como el mismo narrador apunta "es una incompatibilidad manifiesta entre su nombre y su filosofía pesimista"—⁵ tiñe toda su percepción de la vida con esa visión, la que exacerba su conciencia de la destrucción. Corrupción y muerte aparecen como el destino fatal de todo ser o forma viva. Garduño enumera la descomposición que inevitablemente irán sufriendo cada una de las partes de su cuerpo, así imagina pasto de gusanos a sus ojos, pies, pecho, manos.

⁵ R. López Velarde, *Obras*, México, FCE, 1986, p. 252.

Por eso, Próspero, percibe a la naturaleza como "un baño de deleites con una traición bien escondida".⁶ Ante su muerte, lo único que tal vez quedará, será su memoria en las mujeres y los niños de su pueblo. De esto deriva la conclusión de que "vale más la vida estéril que prolongar la corrupción más allá de nosotros",⁷ y como consecuencia surge la resolución de vivir "con una intensidad incisiva, con la intensidad del que quiere vivir él solo la vida de su raza".⁸ Esta decisión de su personaje, López Velarde la llevó puntualmente a la práctica; su vida y su obra manifiestan esa vehemencia con gran claridad.⁹

En "Fresnos y álamos", el desarrollo de la idea es más complejo pues la presenta, como una batalla entre "el criterio pesimista" y la "gracia de Eva"; dota de vida a los contricantes y relata la desigual batalla con imágenes llenas de vida, sensualidad, erotismo y pasión: "Una batalla silenciosa y sin cuartel entre las unidades del ejército femenino y las conclusiones de esterilidad. De una parte, la tesis reseca. De otra, las cabelleras vertiginosas, dignas de que nos ahorcásemos en ellas en esos momentos en que la intensidad de la vida

⁶ *Loc. cit.*

⁷ *Loc. cit.*

⁸ *Loc. cit.*

⁹ "López Velarde quería vivir integralmente la vida y, con espléndida metáfora ["Uno es mi fruto; / vivir en el cogollo / de cada minuto."] revela la vehemencia de su alma que se entregaba apasionadamente a las incitaciones del momento." (Phillips, *op. cit.*, p. 150).

coincide con la intensidad de la muerte; los pechos que avanzan y retroceden, retroceden y avanzan como las olas inexorables de una playa metódica; las bocas de frágil apariencia y cruel designio; las rodillas que se estrechan en una premeditación estratégica; los pies que se cruzan y que torturan, como torturaría a un marino con urgencia de desembarcar, el cabo trigüño o rosado de un continente prohibido".¹⁰

El regreso al hogar de Próspero, que marca el final de su meditación, enfatiza la respuesta de la naturaleza a sus conclusiones pesimistas con una muestra de su copiosa fecundidad: flores, frutos, niños, madres jóvenes lo hacen tomar conciencia de lo doloroso de su pensamiento.

Si bien todo el relato de "Fresnos y álamos" se da en una atmósfera de melancólica evocación, en el final se acentuarán con la conciencia de un pasado inocente al que lamentablemente se ha añadido el "aprendizaje del dolor y la carne". Imágenes mortuorias redondean un paisaje interior de intensa desolación.

En él también se subraya la lucha entre la posición que defiende la esterilidad, frente a la mujer visualizada como un ser tentador, pero a la vez valorada positivamente al asociarla con el sol, único elemento que ha permitido entrar en su casa natal —con la que se compara el protagonista— férreamente cerrada al placer.

¹⁰ R. López Velarde, *op. cit.*, p. 252.

El personaje central de "El obsequio de Ponce", enuncia también la postura antigestadora que caracterizó a los anteriores personajes. La actitud pesimista también está presente en él, aunque a diferencia de los otros explica su origen: Lo había deducido de "la contemplación directa de los espectáculos del mundo".¹¹ Y algo muy importante, pone en práctica su filosofía.

Luis Ponce, hombre en la cúspide de las energías corporales, establece una relación amorosa con Rosario Gil, mujer otoñal, bella, contemplativa y bondadosa, a quien "amaba con el sentimiento macizo del celibato que comienza a tener miedo a la chimenea sin lumbre y a los aposentos destartados".¹²

Su relación con Rosario Gil se plantea como un noviazgo eterno; una relación ideal, casi mística en donde Ponce, como condición insoslayable impone un no radical al matrimonio, "porque él no podía, siendo pesimista, casarse, fundar un taller de sufrimiento, abrir una fuente de desgracia, instituir un vivero de infortunio, y lejos de esto, estaba resuelto a proceder con dura justicia y con lógica implacable, cegando los manantiales de vida que en ellos le correspondiese".¹³ De la vida humana sólo ve lo angustioso y mezquino. El amor se erige como

¹¹ *Ibid.*, p. 515.

¹² *Loc. cit.*

¹³ *Loc. cit.*

“única ala de luz” sobre “el barro y la miseria del mundo”.

Rosario Gil, mujer abnegada, se ciñe a los requerimientos de su amado y así responde: “Yo quiero lo que tú quieras.”

Es claro que Luis Ponce, como los personajes anteriores, fundamenta su actitud de rechazo al matrimonio desde la visión católica, es decir, que sólo se debe realizar con el objeto de procrear. Por eso López Velarde y sus personajes son eternos célibes.

La contraposición también se utiliza en el desarrollo del cuento, esta vez para enfatizar la postura pesimista y muy intelectualizada de Luis Ponce, con la introducción de un antagonista, Juan Montaña, del todo opuesto a él; hombre común sin cuestionamiento trascendente alguno, sin filosofías pesimistas, de tipo sanguíneo, alegre, parlanchín; vinculado a Ponce por una vieja amistad, derivada de la relación maestro-alumno.

Mientras Ponce ve al mundo como una fuente de sufrimiento, Montaña, hombre común, todo instinto, la mira sin retorcimientos; el matrimonio, para él, es algo sencillo, simple, natural. Se trata de la antítesis del hombre cerebral frente al instintivo.

Montaña entra en acción en el momento justo en que Ponce paladea la felicidad, derivada de la aceptación de Rosario de mantener una relación sin matrimonio. Juan Montaña es el elemento fantástico que viene a robarle la dicha al manifestarle

sus propósitos de casarse con Rosario Gil, asentarse y fundar una familia.

La reacción de Luis es de cólera contenida, que de inmediato controla mediante la razón; se torna dominante, calculador; se reprime, no exhibe su dolor, medita, reflexiona; hombre racional por excelencia analiza fríamente la situación y toma una decisión.

Su pensamiento gira en torno a la resolución que tomará Rosario Gil. En un primer momento rebaja a su enemigo, pero atrapado en su pesimismo considera ocasional la conducta de la mujer; piensa que su novia no tendría por qué ser diferente, y como las demás, preferirá la vida matrimonial a la estéril recreación a la cual él la condena.

Luis Ponce piensa por su amada, supone la determinación que ella tomará, así resuelve en contra de sí mismo, capitula y la entrega a los brazos de su amigo. Su regalo de bodas es la decisión de liberar a Rosario de todo compromiso. Este acto recrudece su percepción pesimista del mundo. La vida sin amor no tiene sentido, pero el rechazo al matrimonio para evitar engendrar sufrimiento, no le permite modificar su rígida actitud.

López Velarde redondea su concepción de la paternidad con el espléndido relato "Obra maestra", construido en torno al tema del celibato, y la concepción de un hijo.

El autor identifica al célibe con un tigre enjaulado, con todas las asociaciones que derivan de ello: la belleza del animal, la fuerza instintiva, la

sensualidad, etcétera. Pero el tigre está enjaulado y por tanto su movimiento es limitado al espacio que lo circunda. Es el célibe estacionado en un punto; no avanza ni retrocede, porque para hacerlo necesita ser padre. Nuevamente aparece la contraposición: frente al espacio y tiempo finitos, el soltero opone su movimiento infinito de soledad.

El narrador confiesa su temor a ser sacrílego o temerario, pues al narrar su confesión sólo quiere ser humilde. Sin embargo, al hacerla hay claros rastros de ellos, por lo menos para la religión que profesa el autor, pues erige al hombre como rey y casi como dios: "Somos reyes porque con las tijeras previas de la noble sinceridad podemos salvar de la pesadilla terrestre a los millones de hombres que cuelgan de un beso. La ley de la vida diaria parece ley de mendicidad y de asfixia; pero el albedrío de negar la vida es casi divino."¹⁴

Contempla a la vida en una forma irreconciliable: por una parte, como una pesadilla de sufrimiento, por otra, la reconoce en su calidad de formidable; pero para los fines de la paternidad pesa más la primera.

Para estar acorde con esa visión dual de la vida la única solución es la concepción de un hijo negativo, el cual "existe en la gloria trascendental de que ni sus hombros ni su frente se agobien con las pesas del horror, de la santidad, de la belleza y

¹⁴ *Ibid.*, p. 227.

del asco".¹⁵ El narrador puntualiza sus virtudes y defectos estrechamente vinculados a su evasión terrestre: "Aunque es inferior a los vertebrados, en cuanto que carece de la dignidad del sufrimiento, vive dentro del mío como el ángel absoluto, prójimo de la especie humana. Hecho de rectitud, de angustia, de intransigencia, de furor de gozar y de abnegación, el hijo que no he tenido es mi verdadera obra maestra."¹⁶

La antítesis sustenta la magna creación para enfatizar que es un hijo de hombre; pero su rango no es de humano, es casi de ángel; vive en el espacio etéreo del pensamiento de su creador. Su esencia primordial radica, precisamente, en no ser y no estar en el mundo sensible.

Sin embargo, es el único relato en que López Velarde introduce la posibilidad de la procreación, lo cual sólo es concebible mediante dos formas: por la fe absoluta o por "el amor extremo".¹⁷

En "Obra maestra" se asocia nuevamente a la mujer con la procreación, pero a la vez se la ilustra entregándose al *hombre como su esclava*, dispuesta a satisfacerle sus deseos. Esta es otra de las

¹⁵ *Loc. cit.*

¹⁶ *Ibid.*, pp. 227-228.

¹⁷ Phillips cita los versos de "Mi villa", en los que el poeta habla de la posibilidad de tener dos hijos, para aludir a la contradicción que Noyola Vázquez encuentra en el poeta con relación a su aversión a la paternidad. Noyola rastrea la mención del hijo también en "Mi corazón se amerita". (*Vid.*, Phillips, *op. cit.*, p. 158).

imágenes de la mujer que se puede encontrar en la obra de López Velarde.

Como se puede advertir en los textos revisados hay una serie de constantes, así como de elementos diversos que concretan el pensamiento del autor sobre el tema tratado.

Los protagonistas presentan una actitud pesimista o melancólica ante la vida. Su filosofía considera como aspecto esencial la vía de la esterilidad, para evitar alimentar la corrupción que la muerte inflinge a todo ser viviente, o bien, para impedir el sufrimiento humano —en la medida de sus posibilidades— con el nacimiento de nuevos seres; también se menciona el temor a las responsabilidades generadas por la paternidad.¹⁸

La atracción que sienten por la mujer es una trampa de la naturaleza por medio de la cual cumple la función de perpetuadora de la especie. Esto genera una lucha incesante para evitar caer en los engaños de la sensualidad femenina; la relación positiva se da a través del amor ideal, sin llegar nunca al matrimonio.

De lo anterior se desprende la apreciación de dos tipos de mujer: la abnegada, la esclava, dispuesta a saciar los deseos del hombre, y la sensual, tentadora, percibida como una trampa de la naturaleza, pues es la duplicadora de vidas destinadas al sufrimiento y a la corrupción (muerte).

¹⁸ Esto es mencionado en "Obra maestra", p. 27.

La mujer ejerce, en los personajes analizados, una seducción muy intensa, al grado, que en el caso de la mujer sensual es necesario establecer una verdadera batalla en pro de la contención, para no caer en la voluptuosidad femenina, porque si se pierde la lucha se genera, posteriormente, arrepentimiento y dolor por la caída, por la pérdida del estado de pureza original de antaño, de lo vivido en el pueblo natal.

Cuando esos personajes no pueden acceder a la mujer por su postura o la pierden por su actitud, quedan devastados, porque en contradicción con su posición de castidad, la mujer es la única que puede dar aliento y sentido a esta absurda vida.

Como todo lo anterior, el mundo se capta en forma dual: formidable o lleno de sufrimiento, angustia, dolor, en suma, una verdadera pesadilla. De ahí la opción de conocer y vivir la vida con gran intensidad y pasión como si se tratase del único de su raza al que se le hubiese otorgado el privilegio de vivir.

Toda esa filosofía que Ramón López Velarde vierte en sus textos presenta una serie de coincidencias muy cercanas al gnosticismo. Así por ejemplo, en este sistema, el pesimismo es una de las constantes, "se extiende a toda la creación sensible".¹⁹ La percepción del mundo es similar a la de los personajes de López Velarde: "es el sitio

¹⁹ S. Hutin, *Los gnósticos*, Buenos Aires, EUDEBA, 1964, p. 13.

de la muerte, del sufrimiento, de la fealdad y del mal".²⁰ De lo anterior deriva la aversión al comercio carnal, pues "es una mancha: sobre todo, permite aprisionar nuevas almas en el reino tenebroso. El objetivo de la continencia es esencialmente, para el gnóstico, evitar la procreación: introducir nuevas almas en el mundo es encerrar estos 'chispazos' de luz en la materia. El matrimonio no puede ser un sacramento; la Iglesia Católica no hace sino dar una engañosa espiritualidad al mundo carnal".²¹

Para el gnóstico la mujer tenía un papel preponderante, pero no como individuo, sino en el aspecto sexual: "Cada una de ellas era un pedazo de la mujer [...] original y cada uno se unía, en el transcurso de las orgías, a la mujer y no a una mujer."²² Alababan el sexo, pero rechazaban el amor, el cual estaba destinado sólo a Dios.²³ Aquí hay diferencias con la concepción de la mujer que tenía López Velarde, pues su posición se acerca más, en un aspecto, a la concepción de la mujer que tenían los trovadores, en lo relativo a la idealización de la mujer; en ambos casos tal forma de relación amorosa es la adecuada para alimentar el amor ideal sin los apremios de la carne; pues idealizar a la mujer se convierte "en sublimación de

²⁰ *Loc. cit.*

²¹ *Ibid.*, p. 34.

²² J. Lacarriere, *Los gnósticos*, México, Premiá Editora, 1982, p. 77.

²³ *Loc. cit.*

la carga erótica que libera al hombre con su sola presencia",²⁴ y comprende tanto al plano anímico como el sensual.²⁵

Otra correlación con los gnósticos es el dualismo o la dualidad; constante también en López Velarde, en quien —como ya lo advirtieron Villaurrutia y críticos posteriores— proviene de una profunda antítesis de su espíritu.²⁶

Sería realmente aventurado hablar de una influencia directa de la filosofía gnóstica en López Velarde, pero como se ha intentado demostrar aquí, las coincidencias son evidentes; es por eso posible formular la pregunta de si Ramón López Velarde no fue un gnóstico extemporáneo, muy *sui generis* para su momento, que avalaba con intensidad su "íntima tristeza reaccionaria".

Si bien, esa filosofía del poeta zacatecano en torno a la paternidad y temas afines es susceptible de parecer irrelevante, puede cobrar mayor importancia si se advierte que a partir de ella se hace posible una mejor comprensión de muchas de las actitudes vitales del autor: su idealización de Fuen-santa, la visión dual de la mujer y de la vida; la licencia sexual,²⁷ la intensidad pasional y el deseo

²⁴ A. Nataf, *El milagro cátaro*, Barcelona, Bruguera, 1970, p. 95.

²⁵ Cf. *Ibid.*, p. 96.

²⁶ X. Villaurrutia, "Ramón López Velarde", *Calendario Ramón López Velarde*, México, INBA, Depto. de Literatura, feb. 1971, pp. 68-83.

²⁷ José Luis Martínez en R. López Velarde, *op. cit.*, pp. 793-794, alude a la intensa vida sexual del poeta.

exacerbado del conocimiento total de la vida, porque como los gnósticos recorrió “un itinerario doble: la certeza existencial (instintiva) de nuestro estado incompleto y la necesidad para —sustraerla o atenuarla— de tomar la ruta del conocimiento”.²⁸

BIBLIOGRAFÍA

- HUTIN, Serge. *Los gnósticos*. Buenos Aires, EUDEBA, 1964. (Cuadernos de EUDEBA).
- LACARRIERE, Jacques. *Los gnósticos*, 2a. ed., trad. Leopoldo Román Cuevas. Pról. de Lawrence Durrell. México, Premiá Editora, 1982. (La red de Jonas).
- LÓPEZ VELARDE, Ramón. *Obras*. Edición de José Luis Martínez, México, FCE, 1986 (c1971) (Biblioteca Americana, 45).
- MOLINA ORTEGA, Elena. *Ramón López Velarde. Estudios biográficos*. México, Imp. Universitaria, 1952.
- NATAF, André. *El milagro cátaro*. Barcelona, Editorial Bruguera, 1970. (Serie Enigmas del universo.)
- PHILLIPS, Allen W. *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*. México, INBA, Depto. de Literatura, 1962.
- VILLAUURUTIA, Xavier. “Ramón López Velarde”, *Calendario Ramón López Velarde*. México, INBA, Depto. de Literatura, febrero 1971, pp. 68-83.

²⁸ Lacarriere, *op. cit.*, p. 101.

**ALGUNAS CONSIDERACIONES EN
TORNO A LA OBRA POÉTICA DE
RAMÓN LÓPEZ VELARDE**

Margarita ALEGRÍA DE LA COLINA

El sujeto de la poesía lírica es la propia acción del poeta. . . poesía significa creación y sabemos que no pueden crearse sino realidades.

Jorge Cuesta.

Quienes se han ocupado de estudiar y analizar con detenimiento la obra de Ramón López Velarde, que son muchos y la mayoría con veces muy autorizadas, han señalado ya los temas recurrentes en la poesía de este insigne escritor: el erotismo, la conciencia religiosa rebasada por los deseos carnales; pero semillero de las angustias provocadas por sentimientos de culpa. En "El minuto cobarde" manifiesta: "mas en mi pecho siguen germinando /las plantas venenosas,/ y mi violento espíritu se halla/ nostálgico de sus jaculatorias/ y del pío metal de su medalla."

Otro tema es la muerte, quizá la solución a sus angustias; ya señala Octavio Paz que López Velarde "siente la fascinación de la carne que es, siempre, fascinación ante la muerte"¹ porque como apunta José Luis Martínez: "la muerte fue, pues, para él [López Velarde], sobre todo la destructora del templo del amor y buscaba, como supremo reto, su último éxtasis erótico junto a la fúnebre presencia".²

¹ Octavio Paz, "El camino de la pasión", *Cuadrivio*, México, Joaquín Mortiz, 1980, p. 73.

² José Luis Martínez, "El amor y la muerte", R. López Velarde, *Obras*, México, FCE, 1979, p. 19.

La exaltación del paisaje como un valor del terruño y de la patria toda, está presente no sólo cuando se refiere al “cielo cruel y una tierra colorada” de la “bizarra” capital de su Estado; sino, sobre todo, en esa especie de nacimiento que va sembrando sobre el suelo de México en su poema póstumo “La suave patria”, se trata de un paisaje vital, en movimiento, en el que “. . . el tren va por la vía/ como aguinaldo de juguetería”, donde las mujeres “atraviesan como hadas”.

La mujer, presente a lo largo de toda su obra poética, en ocasiones se funde con la provincia. Alí Chumacero señala: “la mujer misma, vista a través de esos recuerdos (los de la provincia), no significa —como en el concepto bíblico— el mal que ha de derribarlo de su castidad, sino la provincia homogénea del bien”.³ Hay entonces en la obra de López Velarde, un sincretismo entre provincia y mujer. La mujer es en este caso el símbolo de la pureza provinciana: mozas cuyos ojos “reflejan dulcedumbre”, mujeres entre las que “no hay una cara hermosa que se quede sin misa”; pero también se funden mujer y pecado debido al sentimiento de culpa producido por la arraigada conciencia religiosa del escritor.

La mujer como incitadora de tentaciones carnales es deseada y alejada a la vez; es más bien,

³ Alí Chumacero, “Ramón López Velarde, el hombre solo”. *El hijo pródigo. Antología*, México, Siglo XXI Editores, 1979, p. 52.

en la temprana juventud, "Un imposible", así lo manifiesta el autor en sus *Primeras poesías*:

Me arrancaré, mujer, el imposible
amor de melancólicas plegarias
y aunque se quede el alma solitaria
huirá la fe de mi pasión risible.

En una etapa posterior la pasión amorosa es como una ponzoña que crece en el corazón. Lo ha de decir así el poeta en "El minuto cobarde":

Mi sufrimiento es como un gravamen
de rencor, y mi dicha como una cera
que se derrite en jubileos,
y hasta mi mismo amor es como un tósigo
que en la raíz del corazón prospera.

La punzante pasión y la preocupación por el pecado han de cristalizar en lo que ya algún crítico señaló como "duple entrega a Dios y al demonio"⁴ y ejemplificó con aquellos versos de López Velarde: "La redondez de la creación atrueno/ cortejando a las hembras y a las cosas/ con un clamor pagano y nazareno". En el poema "A las vírgenes", se expresa así:

⁴ Wilberto Cantón, "Bajo el signo de la muerte", *Calendario de Ramón López Velarde*, México, SEP, ago. 1971, p. 498.

¡Oh vírgenes rebeldes y sumisas
convertidme en el fiel reclinatorio
de vuestros codos y vuestras sonrisas
y en la fragua sangrienta del holgorio
en que quieren quemarse vuestras prisas.

Daniel Curi en su artículo "Notas en torno a la poesía de López Velarde",⁵ se refiere a la mujer como tema en la obra poética de este autor, considerando que trató de definirla a través de la descripción de Águeda, las aldeanas, la novia enferma, las jerezanas, su madre misma, las mujeres como valor de la patria y cita: "Suave Patria: tú vales por el río / de las virtudes de tu mujerío". Curi se refiere por último a las mujeres a semejanza de la patria y cita: "como una niña que se asoma por la reja / con la blusa corrida hasta la oreja / y la falda bajada hasta el huesito".

Quiero mencionar por último y desdoblar con más detenimiento, el tema de la exaltación del ambiente y costumbres provincianas en contraposición con los males que acarrea la ciudad. Mi primer intento fue rastrear el tema de la ciudad en la poesía de López Velarde y al hacerlo descubrí que casi nunca se refiere a ella sin contrastarla con la provincia, siempre para que resalten las ventajas de esta última.

En el poema "Una viajera" incluido entre sus *Primeras poesías*, se refiere a su encuentro con

⁵ Daniel Curi, *ibid.*, oct. 1971, pp. 616-618.

aquella “. . . hermosa paisana / que tiene un largo nombre de remota novela”, y le expresa su consideración por encontrarse ella en esos momentos en la metrópoli. Así se refiere el poeta a la ciudad al recomendarle a su amiga: “Para que no se manche tu ropa con el barro / de ciudades impuras, a tu pueblo regresa”.

También en “A una ausente seráfica” (*Primeras poesías*) el escritor evoca a la distancia la figura “justa” de la amada de “mirada augusta” y “raras virtudes milagrosas”, cualidades que contrastan con la ciudad a la que así califica el autor:

Estos amada, son sitios vulgares
en que en el ruido mundanal se asusta
el alma fidelísima que gusta
de evocar tus encantos familiares.

En este caso el contraste se da, sobre todo, al manifestarse la añoranza por la provincia: “Añoro dulcemente los lugares / en donde imperas cual señora justa”.

En “Del pueblo natal” (*La sangre devota*), López Velarde canta también a las provincianas pero, sobre todo, al ambiente, a “la hora del Angelus” en que las mujeres desfilan por las calles “enredados al busto los chales blanquecinos”, a los balcones “de vetusta madera”, a las pláticas vespertinas de las provincianas que considera consoladoramente contrastantes con respecto a los “males ciudadanos”. Así lo expresa: “y oyendo los poetas vues-

tros discursos sanos / para siempre se curan de males ciudadanos”.

En “A la gracia primitiva de las aldeanas” (*La sangre devota*), invoca a las mujeres provincianas y canta al amor que ellas saben brindar, amor que “jamás se contamina”. En contraste se refiere así a la ciudad:

Hambre y sed padezco: Siempre me he negado
a satisfacerlas en los turbadores
gozos de ciudades —flores de pecado.

En el poema “Las desterradas” (*Zozobra*) se refiere a las mujeres provincianas que van a vivir a las ciudades:

Las pobres desterradas
de Morelia y Toluca, de Durango y San Luis,
aroman la metrópoli como granos de anís.

Se refiere a estas mujeres como “parvada maltrecha / de alondras [que], cae aquí con el esfuerzo / fragante de las gotas de un arbusto / batido por el cierzo”. A partir de la presencia de estas provincianas contrasta la ciudad con la provincia exaltando los valores de una, frente a las limitaciones y carencias que se sufren en la otra:

Ellas, las que soñaban
perdidas en los vastos aposentos,
duermen en hospedajes avarientos,

Propietarias de huertos y huertas copiosas,
regatean las frutas y las rosas.

En "El sueño de los guantes negros" (*El son del corazón*), poesía con connotación erótica en que otra vez se mezclan lo sacro y lo profano, el autor se refiere a "...los ecos / de una llamada a misa, en el misterio / de una capilla oceánica a lo lejos". Después ese océano-capilla se confunde con el cuerpo de la amada: "Al sujetarme con tus guantes negros / me atrajiste al océano de tu seno". Este, que Octavio Paz llama el "poema de la resurrección", está, pues, impregnado de erotismo. Paz plantea la pregunta "¿Cuál es el significado de esos guantes negros?" y responde: "Son un obstáculo, una prohibición".⁶ Nuevamente la conciencia religiosa señalando lo prohibido.

"El sueño de los guantes negros" comienza con una alusión a la ciudad: "Soñé que la ciudad estaba dentro / del más bien muerto de los mares muertos".

Este es el único poema en que López Velarde se refiere a la ciudad sin contrastarla con la provincia; pero para interpretar la significación que aquí connota, es necesario considerar este poema dentro del contexto de sus poesías completas; a través de ellas la ciudad ha sido impura, sitio vulgar, de mundanal ruido, lugar de males, insana y y sitio de carencias. Las ciudades en general son

⁶ Paz, *op. cit.*, p. 115.

“flores de pecado”. Hasta aquí estos calificativos aparecían en antítesis con la pureza, paz, sanidad, abundancia y fuente inagotable de alimento espiritual que el poeta encontraba en su añorada provincia. Ahora la ciudad es el sitio donde se da rienda suelta a las pasiones en “El sueño de los guantes negros” se manifiesta la relación erótica *post mortis*, aunque al parecer también frustrada, entre el poeta y la mujer amada, ¿cuál es el espacio?, el lugar del pecado, del mal: la ciudad; pero, claro, una ciudad sumergida en el terreno de los muertos.

Es interesante observar que la ciudad es mencionada o aludida en dos de las *Primeras poesías*, en dos también de *La sangre devota* y en una de *Zozobra*, siempre para resaltar el tema de la provincia. También en *El son del corazón* se menciona en un solo poema, en el cual se asume ya como un espacio propicio para el amor carnal.

En todas las primeras poesías las alusiones a la ciudad no parecen perfilar un tema independiente como ya se mencionó; pero, de hecho, van aportando elementos para conformar el concepto de ciudad que tiene López Velarde, y su lectura es necesaria para entender después por qué esta ciudad aparece dentro “del más bien muerto de los mares muertos”.

Cuando escribe las primeras poesías en las que se refiere a la ciudad, el poeta es aún un provinciano que no se ha asimilado todavía a la vida citadina en un espacio que aunque considerado

turbulento por nuestro autor, era muy diferente al México actual. Pedro de Alba, quien acompañó a López Velarde en sus primeras correrías por la capital, describe así el camino que siguieron juntos para llegar a la casa de José J. Tablada a quien deseaban conocer:

Allá nos encaminamos por la entonces maravillosa Calzada de Tlalpan, en uno de aquellos días en los que desde el tren eléctrico se ven en el oriente los volcanes teñidos de cobalto.

La tarde diáfana, las soberbias arboledas y los campos cultivados fueron digna antesala para llamar a la puerta de José Juan Tablada.⁷

Esta parece ser más bien la descripción de una ciudad provinciana; pero en aquel México había sus elementos urbanos y el poeta jerezano aprendió a disfrutarlos: "Podía quedarse horas y horas embozado ante el color inusitado de algún anuncio luminoso y ante la sucesión turbulenta de la vida metropolitana exclamaba repetidamente: —¡Esta vida es una brujería!"⁸

Cuando escribe los poemas que habrían de integrar *Zozobra* y *El son del corazón*, sigue cantando a la provincia, pero ya no desdeña tanto a la ciudad. Al final la asume como sitio propicio para el placer.

⁷ Pedro de Alba, "La provincia y la capital", *Calendario*. . . , *op. cit.*, ago., p. 453.

⁸ Cantón, *op. cit.*, p. 497.

Octavio Paz señala que López Velarde es un poeta escaso y limitado, aunque también concentrado y complejo. Dice que este autor “no se propone tanto conquistar lo maravilloso —la creación de otra realidad— como descubrir la verdadera realidad de las cosas y de sí mismo”.⁹

El poema ha sido declarado por el Grupo *M* de la Universidad de Lieja¹⁰ como un texto autosuficiente que se presenta como modelo reducido del universo y sobre el que se experimentan las operaciones del lenguaje. El texto poético, según este grupo, es una mediación entre dos categorías polares: *Anthropos* y *Cosmos*, que son dos formas de observar un aspecto o más de la realidad que aparezcan como constantes en un poema, o la obra poética de determinado autor. El *Anthropos* representa el sentido humano de enfrentar la realidad, el *Cosmos* el mundano; entre estas dos categorías el poeta establece una unidad mediante el *Logos*. Al hacer una lectura atenta del poema estamos escuchando “junto con el poeta ‘anthropos’), su diálogo (‘logos’) con la exterioridad (‘cosmos’)”.¹¹

A través de su obra poética López Velarde dialoga con su mundo exterior: el origen provinciano, la formación en el seminario, los temores frente a la ciudad, la admiración por el paisaje y los oríge-

⁹ Paz, *op. cit.*, p. 80.

¹⁰ Cf. Philippe Minguet, “Análisis retórico de la poesía”, *Acta poética*, México, UNAM, 1980, vol. 2, pp. 27-39.

¹¹ *Ibid.*, p. 33.

nes de la patria, su gusto por la belleza femenina y la pasión que las mujeres le despertaban. Los lectores "escuchamos" junto con él su admiración y respeto hacia los valores provincianos, la manifestación primero de su inseguridad ante la ciudad como fuente de pecado y la posterior asunción de este espacio para gozar a la mujer amada; pero conocemos su imposibilidad para hacerlo en este mundo, tiene que ser en el dominio de la muerte, porque nos enteramos también de que su formación religiosa lo lleva a fluctuar entre el deseo y el sentimiento de culpa, a mezclar lo mundano y lo profano. "Escuchamos" también el palpitar estremecido del poeta frente a sus dos grandes amores: Fuensanta y la musa de *Zozobra* y "escuchamos", finalmente, su posición frente a la muerte a la que, a pesar de sus treinta y tres años, parece esperar ya, conforme con lo que ha vivido:

No tengo miedo de morir,
porque probé de todo un poco,
y el frenesí del pensamiento
todavía no me vuelve loco.

Sobre qué otros temas habría de escribir López Velarde que sobre sus experiencias de vida, si la acción de la poesía consiste en "arrebatar la estructura de la vida misma". Para conocer el *Anthropos* y el *Cosmos* de un autor hay que estar en contacto con su obra que es su diálogo con la realidad. Como señala Cristina Múgica hay que tener "la

convicción de que al pasar por alto la persona real del poeta para ocuparnos directamente de su pleonásticamente ficticia persona de ficción —sujeto de su poesía— le hacemos justicia a ambos”.¹²

Finalmente sólo quiero agregar que no importa que López Velarde haya sido uno poeta escaso y limitado, si “las operaciones del lenguaje” que realizó para darnos a conocer su *Anthropos* y su *Cosmos* fueron magistrales, y los resultados están a la vista. En este sentido Octavio Paz señala: “Su empresa es mágica . . . [porque en su discurso poético], expresiones coloquiales, utensilios y situaciones cotidianas sufren una dichosa metamorfosis.”¹³

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ALBA, Pedro de. “La provincia en la capital”. *Calendario de Ramón López Velarde*. México, SEP, ago. 1971.

CANTÓN, Wilberto. “Bajo el signo de muerte”. *Calendario de Ramón López Velarde*. México, SEP, ago. 1971.

CUESTA, Jorge. *Sonetos*. Con un retrato escrito y un estudio preliminar de Cristina Múgica. México, UNAM, 1987.

CHUMACERO, Alí. “Ramón López Velarde, el hom-

¹² Cristina Múgica, “El cultivo del vértigo”, en J. Cuesta, *Sonetos*, México, UNAM, 1987, p. 20.

¹³ O. Paz, *op. cit.*, p. 83.

- bre solo". *El hijo pródigo. Antología*. Introducción y notas de F. Caudet, México, Siglo XXI Editores, 1979. (La creación literaria).
- LÓPEZ Velarde, Ramón. *Obras*. Edición de José Luis Martínez. 2a. ed. México, FCE, 1979. (Biblioteca americana, 45).
- MINGUET, Philippe. "Análisis retórico de la poesía". *Acta poética*. México, UNAM, 1980. Vol. 2.
- PAZ, Octavio. "El camino de la pasión". *Cuadrivio*. 5a. ed. México, Joaquín Mortiz, 1980. (Serie del Volador).

EL MINUTERO EXISTENCIAL

Severino SALAZAR

José Luis Martínez en su libro sobre la Literatura Mexicana del Siglo XX, en 1949 afirmaba que “si López Velarde no hubiera escrito más que su libro de prosas, *El minuterio* (1923), esa obra bastaría para que mereciese un lugar destacado en nuestras letras”. Para los que nuestro gusto se encuentra más a sus anchas en la prosa que en la poesía, tal apreciación y recomendación del maestro Martínez es para tomarse en cuenta, acercarse a la obra y escudriñarla con su guía. Pues *El minuterio* no es tan famoso como la producción en verso de nuestro autor. Aún recuerdo la primera lectura que de esa obra hice no hace mucho tiempo. Fue toda una revelación. Escuché los ecos de voces de escritores y pensadores —muy posteriores a López Velarde— y que yo consideraba lejanos a él. Las 28 piezas que arman ese reloj preciso que se llama *El minuterio*, son gozosamente contemporáneas, actuales. Y si deseamos clasificarlas para hacer más fácil nuestro tránsito por esa breve obra maestra, nos encontramos con un organismo, con una miscelánea de géneros que viven poéticamente en armonía, que por ellos va rodando el tema principal —la angustia existencial, o un *leitmotiv*: el paso del tiempo y la finitud— como un balón hasta llegar a la orilla. En su mayoría estos textos son crónicas, como el titulado “La conquista”; algunos cuentos perfectos como “Meditación en la Alameda” o “Caro data Vermibus”; también hay descripciones de Jerez, que al autor le sirven como pretexto para darnos sus meditaciones filosóficas;

ejemplo: "Fresnos y álamos". Otros son oraciones fúnebres a amigos artistas como la dedicada a "Urueta", o simplemente a amigos como la titulada "La necesidad de Zinganol". También encontramos prosas entusiastas para escritores admirados como "La sonrisa de la piedra" y "Anatole France". Nostalgias por la inocencia perdida representada en la ciudad natal abandonada, cargadas de necrofilia y pesimismo como "Semana mayor", "Noviembre", "Viernes Santo", "En el solar". Pero como hemos dicho, hay una unidad temática que les da cohesión. Y este tema comienza a esbozarse en el primer texto: "Obra maestra" y se desarrolla a través de los 28 títulos y llega a su conclusión en el último: "Eva", donde se cierra el círculo con esta mujer origen y fin, nacimiento y caída. El tema de la vida, de la existencia y su condición precaria, de exilio, de dolor y desasosiego, se ilustra, se ejemplifica y se desarrolla.

José Luis Martínez, al referirse a la poesía de López Velarde en el ensayo ya citado, dice que el autor "suele partir de un *leitmotiv*, o para mayor precisión, del intento de expresar una realidad espiritual, y parte de una persecución por asociaciones libres y caprichosas, que no desarrollan una imagen prevista como lo hacen casi todos nuestros poetas. . ." Esto también es válido para *El minuterero*. Esta "realidad espiritual" permea toda la obra lopezvelardeana. Y está hermanada, según creo, con una doctrina filosófica que floreció y dio sus frutos hasta los años cuarenta, dos décadas después.

de la publicación de *El minuterero*. Me refiero a la filosofía de la existencia o el existencialismo. Pero al grupo de pensadores como Gabriel Marcel o a Karl Jaspers, quienes deciden aceptar la angustia de la naturaleza finita del hombre, arrojado a un mundo que le es extraño, hostil; pero el hombre como el ser indefenso con un aliciente extramundano. Que se vuelve la encarnación de lo infinito en lo finito. Que encuentra la trascendencia por medio de una idea metafísica. Que frente a la nada pone a Dios.

El tigre sin reposo, encerrado en una jaula “que describe el signo del infinito con tan maquinal fatalidad, que su cola, a fuerza de golpear contra los barrotes, sangra de un sólo sitio”, el cual aparece en el primer párrafo de *El minuterero*, nos introduce de lleno en ese mundo existencial. Después, las palabras naufragio, desamparo, los gritos de desesperación del hombre incapaz de alguna acción en el mundo, la añoranza, el querer recobrar “los Santos Lugares de la niñez”, se van a repetir a todo lo largo de la obra. Como en “Novedad de la patria”, cuando se nos dice: “Hay muchos desatentos. Gente sin amor, fastidiada, con prisa de retirar el mantel, de poner la silla sobre la mesa, de irse.”

Pero es en “Fresnos y álamos”, un texto de escasos siete párrafos donde se encuentra en síntesis y más claramente el desencanto existencial, nos dice: “Hoy mi tristeza no es tumulto, sino profundidad. No tormenta cuyos riesgos puedan eludirse, sino despojo, inviolable y permanente del naufraga-

gio." Y más adelante, como en un relato independiente dentro de otro relato, compara su existencia de una forma hermosa con una casa vacía: "Llevo dentro de mí la rancia soberbia de aquella casa de altos de mi pueblo —esquina de las calles de la Parroquia y del Espejo— que se conserva deshabitada y cerrada desde tiempo inmemorial y que guarda su arreglo interior como lo tenía en el momento de fallecer el ama. No se ha tocado ni una silla, ni un candelabro, ni la imagen de ningún santo. La cama en que expiró la antigua señora se halla deshecha aún. Yo soy como esa casa. Pero he abierto una de mis ventanas para que por ella entre el caudal hirviente del sol. Y la lumbre sensual quema mi desamparo, y la sonrisa cálida del astro incendia las sábanas mortuorias, y el rayo fiel calienta la intimidad de mi ruina."

El tema de lo inasible del tiempo, el horror de su paso y las ruinas que deja tras de sí, es otro tema recurrente, también existencial. En "La última flecha" leemos: "Nosotros, pobres Anquises y míseras Ledas, nos gastamos sin remedio, por más que la divinidad nos penetre." Este rasgo, más bien heredado del romanticismo, fue una preocupación primordial para los existencialistas. Que también aparece en "La necesidad de Zinganol", donde se nos dice: "Los días idos se amontonan como sillares de un edificio de nuestra propia persona: nunca dejará de ser triste contemplar los sillares derrumbados". Y líneas adelante: "que la vida es un mal cuarto de hora con algunos instantes deliciosos".

En Zinganol se personifica el individuo existencialista con una concepción del mundo excepcional. Él es el ser singular, el ser límite. Su manera de actuar es extraordinaria, como la de los artistas cuyas oraciones fúnebres hemos escuchado a lo largo de la obra. En Zinganol el autor nos muestra una vez más su amor por el ser excepcional, y por lo único, por lo singular. Y la excentricidad tiene como condición la imposibilidad de la comunicación con el mundo circundante, o se da raramente y en condiciones muy especiales: "Zinganol se juzgaba el mortal más feliz porque Isaura y él no se saludaban. Para saludarse habría sido preciso un guión social, y esa habría sido la parte leonina. Mejor estaban así, como habitantes de diversos planetas que, al encontrarse en una zona de ilusión, carecían de comunidad del lenguaje e ignoraban todo signo de reciprocidad".

La vida con todo su dolor es una fiesta, es un banquete, en ella existe el arte y Dios en algún lugar lejano, nos parece decir nuestro autor. En este mundo hay gente como "El bailarín" —quizás de los 28 textos de *El minuterio* el más hermoso, el más completo, el más puramente poético— porque la vida, nos dice el poeta, es una "Danza sobre lo utilitario con un despego del principio y del fin. Los desvaríos de la conciencia y de la voluntad humanas le sirven de tramoya. En medio de las pesadillas de sus prójimos, el bailarín impulsa su corazón". Así parece concluir su disputa con la vida

el poeta. Y parece que nos insiste en que no desoigamos su súplica cuando nos recomienda: “No cometamos la atrocidad de poner las sillas sobre la mesa.”

LA PATRIA ÍNTIMA

Josefina MORALES (UNAM)

*Suave Patria: te amo no cual mito
sino por tu verdad de pan bendito.*

Ramón LÓPEZ VELARDE

*Las rectificaciones de la experiencia...
nos han revelado una patria, no his-
tórica ni política, sino íntima. La
hemos descubierto a través de sensa-
ciones y reflexiones diarias, sin tre-
gua, como la oración continua inven-
tada por San Silvano. La miramos
hecha para la vida de cada uno. In-
dividual, sensual, resignada, llena de
gestos, inmune a la afrenta, así la
cubran de cal. Casi la confundimos
con la tierra.*

Ramón LÓPEZ VELARDE

A cien años del nacimiento de Ramón López Velarde, en momentos que nuestra patria resurge con la fuerza de su historia, no sólo descubrimos en nuestra vida diaria la fuerza desconocida de la patria que se ha forjado en la resistencia de los siglos; nos miramos y descubrimos a la vez en esa patria íntima, café con leche, que el poeta develó y de la que nos advirtió, premonición poética, sobre aquellos veneros que nos escrituró el diablo; y también en aquélla que en la profunda intimidad la conoció, mujer, en sus históricas pequeñeces y en su no menos trémula, íntima tristeza reaccionaria. Alguien dijo alguna vez que "La suave patria" —1921— es nuestro segundo himno nacional; preciso, nuestro íntimo himno nacional. ¿Por qué? ¿Y será cierto todavía a 12 años del siglo que nos sigue?

Sumerjámonos con López Velarde hasta la intimidad de la patria.

Patria, pueblo, sentimiento vivo de contradicciones; ahí cohabitan, en la intimidad, los veneros subterráneos que el poeta hizo emerger en su poesía íntima, profana y cuaresmal. La patria para López Velarde es ante todo una patria íntima; aquélla que la infancia heredó de las infancias de las tías, abuelas y las madres, conocidas o desconocidas, transmitida de generación en generación por esas Jerezanas a quienes el poeta agradecía: ". . . mis virtudes católicas y humanas, / porque en el otro siglo, en vuestro hogar, / en los ceremonio-

sos estrados me eduqué, / velándome de amor,
como las fuentes / se velaban debajo del tupé.”

Patria provinciana, íntima, aquélla de los claros domingos pueblerinos, la de la tierra mojada y colorada, la del cielo azul cruel; patria donde la histórica pequeñez nos permite no sólo sobrevivir el día, sino vivirlo en paz, disfrutarlo, sensual en su color y en su mujer de finales del siglo XIX.

Provincia, sin embargo, subvertida, a la que el retorno maléfico advierte: “Mejor será no regresar al pueblo, / al edén subvertido que se calla / en la mutilación de la metralla...” “Patria de foscos milites revolucionarios / que truecan espada por escapularios.”

Villaurrutia señaló con claridad que “...así como a la religión misma la impregna de un sentido erótico, todo cuanto mira y toca, aun lo más inerte, se humaniza y estremece al menor contacto con el poeta. . .”. La patria de López Velarde tiene por tanto, entre otras, dos formas de ser y comprender el mundo: la que se descubre en su paisaje provinciano y la que aprehende el poeta de la sensibilidad femenina con que él confiesa entender las cosas y sin la cual está perdido.

López Velarde confesó estar hecho de barro, hambriento de esa “...sed constante de veneros / femeninos, de agua que huye y que regresa”; de lo que Villaurrutia reconoció como “la conciencia de este modo singular de ser”: “Nada puedo entender ni sentir —decía López Velarde— sino a través

de la mujer. De aquí que a las mismas cuestiones abstractas me lleguen con temperamento erótico.” Y en sus versos había reconocido previamente: “Dios que me ve que sin mujer no atino / en lo pequeño ni en lo grande, diome / de ángel guardián un ángel femenino.”

Así podemos comprender y compartir el que a la patria López Velarde quiso raptar, cual mujer, en la cuaresma, con matraca, y entre los tiros de la policía.

En López Velarde encuentro una cierta intimidad de la patria, subvertida por supuesto. No puedo compartirle de otra manera en este fin del siglo XX, un siglo después de que él aprisionó esa cierta intimidad de nuestra patria. De cierta intimidad de la patria nos habla todavía López Velarde, 70 años después. . . No sólo la revolución mexicana nos habita junto a Zapata y Villa; hoy también nos acompaña algo de esa íntima tristeza reaccionaria, nostalgia acaso de una infancia imaginada, quizás no real pero no menos cierta.

Y al hablar de esta patria íntima, algún amigo observó que la Suave Patria no era íntima; es nuestra pero no por ello menos íntima.

¿Cómo se forma y conforma, transforma, herida en sufrimiento cuaresmal, esa sensibilidad de la patria mexicana, ese cacao —Borges— dulzura mexicana, esa tierra mojada provinciana, y esa tierra, Cuauhtémoc, único héroe a la altura del arte?

La larga duración de la historia, de la sensibilidad, cultura diaria, que nos hace y nos identifica: Suave Patria.

La sensibilidad formada en la lucha de la historia, en su tiempo cultura tiempo sin fin, pero no inmóvil aunque lo parezca.

Sensibilidad mexicana, casi íntima, cruzada no sólo en aquella virgen de la Soledad, de aquéllos lencio de los siglos resistente, traspasada en una religión que dominante se impuso y conquistadora fue conquistada y transformada se convirtió no sólo en aquella virgen de la Soledad, de aquéllos a quienes nadie tiene, en Oaxaca o en Zacatecas, sino también guadalupana bajo cuyo amparo se inició la lucha de liberación.

La patria, nuestra patria, que nos heredó López Velarde, es también una íntima tristeza reaccionaria subvertida por la sensualidad femenina que el hombre, poeta, descubre en los días de guardar y no se diga en viernes santo, al igual que sus profundos sentimientos religioso-católicos atravesados por el erotismo árabe: "La edad del Cristo azul se me acongoja / porque Mahoma me sigue tiñendo / verde el espíritu y la carne roja".

En medio de nuestra más profunda revolución, en este siglo, violenta como todo cambio profundo, parto de la historia, en esa revolución mexicana que a lo largo de diez años nos cobró más de un millón de muertos, esa sensibilidad heredada y cultivada en una iglesia provincial de fines del siglo diecinueve, surge en el poeta socavada,

subvertida por su sensualidad, descubierta desde aquella infancia en que pasaban ya de moda las crinolinas y en esas faldas que descubrían el huesito culpable y traicionero.

Villaurrutia al recordar su encuentro, observó que su figura "hacía pensar, indistintamente, en un liberal de fines del siglo pasado y en un sacerdote católico de iglesia del interior, que gozara de una vacaciones en la capital".

Patria, de López Velarde, patria nuestra, de superficie de maíz, azteca; patria de mirada mestiza en una estación cualquiera ferroviaria. . patria de barro, mujer que puede ser barro para su barro y azul para su cielo; patria que para el poeta sólo vale por el río de las virtudes de su mujerío; patria que sólo vive al día, de milagro, como la lotería. Patria sobre la que el poeta nos pedía ser mexicanos y, por tanto, no poner, apresurados, mal educados, los pies sobre su mesa.

Patria en cuya provincia mental, consciente renegaba y el poeta disfrutaba, "Se me tuvo por adicto al retroceso", cuando él en realidad, confiesa, "sólo era adicto a María. . . Teresa. . . Josefina. . . y Lupe. . . Patria en que todo renuévase, el árbol y la belleza de la mujer, y el agua. Todo, sí, menos el pensamiento".

La subversión que me obsesiona en López Velarde se da en la forma y en el contenido, por supuesto, en pensamiento y razón, en la poesía. Si la patria es pan bendito, es la provincia de fines

del siglo XIX, en una pared donde la fusilería dejó mapas erosionados por las balas que la han vuelto sensibilidad herida y liberada.

Provincia donde “hablamos tristemente, largamente, / de dichas muertas y de tiempos idos / Patria de plaza de armas, plaza de musicales nidos / plaza en que se confunden un obstinado aroma / lírico y una cierta prosa municipal”.

Dos aspectos más de nuestra nacionalidad advierte López Velarde, tanto en su poesía como en su prosa crítica: la patria mestiza y criolla, café con leche, y en su médula, guadalupana.

“No somos [decía López Velarde], hispanos ni aborígenes. . . los vagidos populares del arte, y aun el arte formal, cuando se anima de una pretensión nacionalista, deben contener no lo cobrizo ni lo rubio, sino ese café con leche que os tiñe.” “A la nacionalidad volvemos por amor y por pobreza. Hijos pródigos de una patria que ni siquiera sabemos definir, *empezamos a observarla*.” “Nuestra dolorosa nacionalidad —insistía— discutida por muchos y negada por no pocos, seguirá achatándose en su arista casi única: religiosa. . . Un día del último febrero. . . persuadime que la médula de la patria es guadalupana.”

En la poesía de López Velarde, desde sus primeros versos, en *La sangre devota*, la *Zozobra* y en *El son del corazón*, heredamos cierta intimidad de la patria que como decía Cernuda, habrá que hacerla nuestra, porque no basta con heredarla.

Suave Patria, patria íntima, pero no por íntima menos compartida ni menos pública. Patria íntima, de todos y de cada uno en la intimidad.

Esa patria provinciana que todos heredamos, aunque jamás hayamos vivido en la provincia y menos compartida ni menos pública. Patria insiglo después; pero patria que a través de los venenos que nos escrituró el diablo, heredamos e hicimos nuestra en la infancia, en la adolescencia que descubrió el país en cualquier estación de cualquier pueblo... Patria dolorosa, atravesada, en viernes santo en el altar velado de la pequeña iglesia que hay en cada pueblo.

Patria dimantina en el azul del cielo.

Aferrados a tu intimidad que nos heredó cierta manera de ser en el silencio que tus poetas lloran, en su soledad y en su silencio, o que tus cantantes lloran en cada noche de gallo en que comulgan, hoy nos volvemos subvertivos a descubrirte, escucharte, reconstruirte y vivirte diariamente.

Patria de la intimidad.

INDICE

Presentación	9
VICENTE QUIRARTE	
Aproximaciones	
<i>Esbozos para un retrato</i>	15
VICENTE QUIRARTE	
<i>Con Baudelaire, con rima y con olfato</i> . .	29
JOSÉ FRANCISCO CONDE	
<i>Tiempo confidencial, como el dedal:</i> <i>un lenguaje artesanal</i>	39
BLANCA RODRÍGUEZ	
<i>Ramón López Velarde, ¿un gnóstico</i> <i>mexicano? Las formas de una idea</i> . . .	55
EDELMIRA RAMÍREZ	
<i>Algunas consideraciones en torno a la obra</i> <i>poética de Ramón López Velarde</i> . . .	73
MARGARITA ALEGRÍA	
<i>El minuterero existencial</i>	89
SEVERINO SALAZAR	
<i>La patria íntima</i>	97
JOSEFINA MORALES	

El Retorno Benéfico. Homenaje a Ramón López Velarde, editado por la Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco, se terminó de imprimir en los talleres de IMPRESOS CHÁVEZ, el día 3 de junio de 1988. Su composición se hizo en tipos 11:12, 10:11 y 9-10 Times Roman. La edición consta de 1 000 ejemplares.

UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA

Casa abierta al tiempo



Azcapotzalco



COSEI

COORDINACIÓN
DE SERVICIOS
DE INFORMACIÓN

Formato de Papeleta de Vencimiento

*El usuario se obliga a devolver este libro en la fecha
señalada en el sello mas reciente*

Código de barras. 2893450

FECHA DE DEVOLUCION

- Ordenar las fechas de vencimiento de manera vertical.
- Cancelar con el sello de "DEVUELTO" la fecha de vencimiento a la entrega del libro

UAM
PQ7297
L6.8
Z7.8

2893450

El retorno benefico : hom



2893450

